

Eduardo Machado Gómez: un alma revolucionaria en el torbellino de fuego



Eduardo Machado Gómez nació el 20 de octubre de 1838 en Villaclara (Santa Clara).¹ Era uno de los siete hijos del matrimonio formado por Rita Gómez y Joaquín Machado y Pérez de Corcho. Este último había sido diputado de Santa Clara en 1845.² En sus notas destaca como uno de los hechos más notables de su niñez haber estudiado con la maestra Nicolasa Pedraza y Bonachea, “la decana de las institutrices de mi pueblo”. Tras la muerte de la maestra, Machado se encargó de colocar una placa conmemorativa en la puerta de su morada. De igual forma resalta el cuidado que tuvo su padre en darle a él y a sus hermanos una profesión. Él fue enviado, desde muy joven, a los Estados Unidos y residió en Boston para perfeccionar el idioma y la literatura inglesa. Otra rama de conocimiento fue la de teneduría de libros, porque se pensaba que estudiaría Comercio.

En 1858 visita el Niágara y viaja por Estados Unidos. De Nueva York pasa a Inglaterra, Francia y España. En 1859

se encuentra ya establecido en la capital francesa, donde se ocupa de estudiar el idioma y la literatura francesa. Al año siguiente comienza sus estudios de ingeniero civil, pero aclara “sin abandonar la literatura”. Ese mismo año comienza a estudiar el idioma alemán. En 1860 visita Alemania y en el 61 viaja por España. Machado no gozaba de buena salud y el clima de París le era agresivo, por lo que los médicos le recomiendan ausentarse un tiempo del mismo. Por ello viaja por Italia en 1862, donde visita Saboya, Turín, Génova, Liornia, Florencia y Piza. En esta última ciudad pasa la mayor parte de su tiempo, debido a su “quebrantada salud”. Al año siguiente continúa sus estudios de Ingeniería Civil en Alemania. Su afición humanista lo lleva al estudio del idioma y la literatura alemana, la historia, el hebreo y el ruso. Un año después se encuentra en Rusia, donde visita San Petersburgo, Moscú y “otras poblaciones de Rusia hasta fines del mismo año”.³

¹ Eduardo Machado escribió unos “Apuntes a vuelo pluma”, que ha sido considerada una autobiografía. En realidad son apenas 17 páginas donde relata lo más general referente a su vida. En ella usa el nombre de Villaclara, como era típico de la época, para designar a Santa Clara.

² Joaquín José García: *Protocolo de antigüedades*, literatura, agricultura, industria, comercio, tomo I, Imprenta de I. Soler, La Habana, 1845, p. 30.

³ Todos los datos expuestos están tomados de su Autobiografía, Universidad de La Habana, La Habana, 1969.

Es indudable que todos estos estudios le permitieron el dominio de seis idiomas y sus literaturas (inglés, francés, italiano, alemán, hebreo y ruso), y desarrollar un pensamiento más vinculado con las ideas en boga en los sectores intelectuales europeos.



Eduardo Machado Gómez. Tomado de: Nestor Carbonell y Emeterio Santovenia: *Guáimaro, 10 de abril de 1869-10 de abril de 1919: Reseña histórica de la primera Asamblea constituyente y primera Cámara de representantes de Cuba*, Imp. Seoane y Fernández, 1919, p. 89

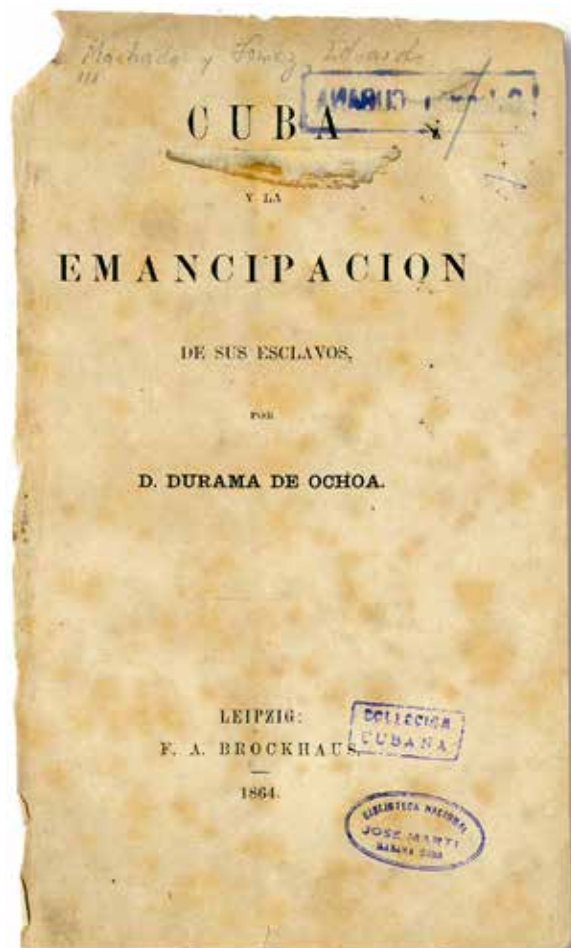
En 1864 escribe un folleto en francés que nos permite conocer el pensamiento antiesclavista del joven Machado, que por entonces contaba con 26 años. El mismo se titula *Cuba y la Emancipación de sus esclavos*, y apare-

ce firmado con el anagrama de D. Durama de Ochoa. Ese mismo año es traducido al alemán y editado en Leipzig.⁴ Aún más, el texto es traducido al inglés y publicado en Londres por la Sociedad Abolicionista Inglesa. Y escribe el propio Machado: “Esta sociedad, el periodismo alemán, la prensa inglesa y los periódicos liberales españoles le dieron su entusiasta aprobación”.

Dentro de la literatura en Cuba de la década de 1860, en particular la abolicionista, este trabajo de Eduardo Machado se destaca por el ángulo en que enfrenta el tema de la esclavitud. Sus razones no son las consabidas económicas o políticas. Estas están como complemento de lo que para él es uno de los crímenes más espantosos de la historia humana, la esclavitud moderna. Resalta que el núcleo de sus preocupaciones se centra en la necesidad de que “en nuestras resoluciones rijan los sentimientos de humanidad con preferencia al amor de los intereses. No nos dejemos guiar tan solo por las leyes del instinto de propia conservación, sino también por los consejos que nos dictan los gritos de la conciencia (...) Dios es nuestro padre y no nuestro amo, que somos sus hijos y no sus esclavos y que por consiguiente no podemos conceder a la política respecto a los negros lo que rehusamos a la potencia divina respecto a nosotros mismos. Recordemos, sí, que los negros son también hijos de Cristo y esto nos probará que son nuestros hermanos y que no tenemos el derecho de tratarlos como esclavos, como bestias”.⁵

⁴ En su Autobiografía él escribe que lo publicó en 1865, pero en el original obrante en la Sala Cubana de la Biblioteca Nacional de Cuba, aparece con la fecha de 1864. Véase D. Durama de Ochoa: *Cuba y la emancipación de sus esclavos*, F. A. Brockhaus, Leipzig, 1864.

⁵ Eduardo Machado Gómez: *Cuba y la emancipación de sus esclavos*, F. A. Brockhaus, Leipzig, 1864, p. 6.



Obra de Eduardo Machado,
con el anagrama de Durama de Ochoa

El sentido de hermandad e igualdad entre blancos y negros no era precisamente la idea de muchos abolicionistas que basaban sus posiciones en cálculos económicos o en las necesidades que creaba la sociedad capitalista moderna. Desde un ángulo profundamente humanista, reafir-

las ideas de bienestar y progreso y la emancipación vendrá a proclamar “los derechos de que le son deudas la ilustración, la razón y la justicia”. Pudiera pensarse que está abogando por el sistema capitalista sin tener en cuenta sus dificultades internas. Para Machado es evidente que se debe

ma en este trabajo su convicción: “todos los hombres son nuestros hermanos, incluso los que hoy son nuestros esclavos”.⁶ Al comparar la esclavitud antigua con la moderna, establece que esta última es más cruel y despiadada que la antigua porque el esclavo no es más que un instrumento de producción. Con poderosas razones defiende el trabajo libre asalariado, haciendo referencia a economistas clásicos como Adam Smith. Un aspecto que encontramos interesante en este trabajo de Machado es que refuta la tesis de los esclavistas cubanos, fundamentada por Juan Bernardo O’Gavan, de que los esclavos en Cuba tenían mejores condiciones de vida que los obreros ingleses.⁷

Para Machado la esclavitud es un inconveniente para la condición humana, no solo del esclavo, sino también del amo, por lo que sugiere que desaparezca la esclavitud y entonces las luces la reemplazarán con

⁶ Eduardo Machado Gómez: *Cuba y la emancipación de sus esclavos*, F. A. Brockhaus, Leipzig, 1864, p. 7.

⁷ Juan Bernardo O’Gavan: *Observaciones sobre la suerte de los negros del África considerados en su propia patria, y trasladados a las Antillas Españolas*, Imprenta del Universal, Madrid, 1821.

promover una sociedad donde prime el trabajo libre y, al mismo tiempo, evitar caer “en lo más profundo del monopolio, sistema abominable que tarde o temprano es motivo de guerra entre los pueblos o de odio entre los particulares”. Refuerza sus ideas antiesclavistas con una consideración que no es solo ética, sino que es, ante todo, de conciencia, concepto que subyace en todo su pensamiento: “Es preciso suavizar la suerte de los esclavos y hacerles amar la existencia; la fuerza material no subyuga jamás la desesperación del alma, o mejor dicho, las ideas no se matan a latigazos ni a balazos”.⁸

Se percata Machado de que la esencia del problema de la esclavitud no es de índole racial. Tiene sus orígenes en el modo en que ciertos hombres pretenden sobreponerse, por su riqueza, por su nacimiento o por su ubicación, en la escala social sobre el resto de los hombres. Analizando las posiciones de los ideólogos de los estados esclavistas sureños de Estados Unidos, encuentra los más terribles argumentos que traspasan a los negros en las pretensiones de dominio. Los esclavistas de Estados Unidos llegan a proclamar la reducción “al mismo estado a los blancos de las clases inferiores” y sostienen que “la institución de la esclavitud en sí misma es buena y no depende de la diferencia de las razas”. La esclavitud como institución no ofrece distinciones a la hora de sojuzgar. El color de la piel no es su frontera.

Consciente de la influencia que ya tiene en la prensa europea, continúa su línea de expresión con la publicación en Hannover, Alemania, de un folleto impresionante por su contenido y por la rapidez con que Machado convierte a Gabriel de la Concepción Valdés, Plácido, en un símbolo del despotismo colonial contra poetas y personas de color. El folleto se titula *Plácido, Dichter und Martyrer* (Plácido, Poeta y Mártir),⁹ que tuvo una importante resonancia en el mundo periodístico alemán.

Según su autobiografía, regresó a Cuba a finales de 1865 debido a la grave enfermedad de su madre, pero al llegar la encontró ya restablecida. De inmediato lo encontramos entre los activos escritores y promotores de la cultura, en particular política, de su pueblo natal. Al año siguiente funda y redacta el periódico *La Época*, que tiene un claro sentido político. Según el propio Machado, su objetivo era propender “al progreso moral y material de mi pueblo y muy particularmente a despertar a este de la especie de letargo político en que se hallaba”.¹⁰

Como parte de su labor política, fue quien propuso y sostuvo en su localidad las candidaturas de criollos para la Junta de Información que se efectuaría en Madrid entre 1866 y 1867, frente a la oposición de los peninsulares. Primeramente lanzó la de Antonio Fernández Bramosio, y más tarde, al ser este electo y optar por Cárdenas, la de Francisco María Frías y Jacott, conde de Pozos Dulces. En

⁸ Eduardo Machado Gómez: *Cuba y la emancipación de sus esclavos*, F. A. Brockhaus, Leipzig, 1864, p. 40.

⁹ Durama D. Ochoa [Eduardo Machado Gómez]: *Plácido, poeta y mártir* (Plácido, dichter und martyr), s.e., Hannover, 1865.

¹⁰ Eduardo Machado Gómez: *Autobiografía*, ed. cit., p. 2.



Obra de Eduardo Machado,
con el anagrama de Durama de Ochoa

el propio año de 1867 emprendió un nuevo viaje a Europa, coyuntura en la que visitó varias ciudades de España, Italia, Francia, Bélgica, Holanda y Alemania. El fallecimiento de su madre, a mediados de 1868, determinó su inmediato regreso a Cuba.

Tras el estallido insurreccional de Yara, se involucró activamente en la conspiración en su territorio. Fue miembro de la Junta Revolucionaria de Villaclara y uno de los líderes del

movimiento. Ante el peligro de ser acusado de infidente que se cernía sobre su persona, abandonó la ciudad el día 2 de febrero de 1869. Cuatro días después tomó parte en el alzamiento de Villaclara, protagonizado por la citada Junta, que tuvo lugar en San Gil. Como dato de interés, refiere que “la bandera enarbolada ese día fue regalada por mí. La usó la columna del General Roloff que nos acompañó al Camagüey, y sirvió para prestar juramento sobre ella el presidente de la República de Cuba”.¹¹ A su vez, dicha enseña se la había proporcionado la patriota camagüeyana Inés Morillo Sánchez, vinculada a los planes insurreccionales de los villaclareños.

El alzamiento de los villaclareños había sido significativo en cuanto al número de hombres, cuya cifra sitúa Machado en cinco mil; pero, en contraste, contaban con muy pocas armas. Acosados por el enemigo, la Junta Revolucionaria debió reunirse y decidir entre dos posibles opciones: marchar hacia Oriente y entrevistarse con Carlos Manuel de Céspedes para solicitar pertrechos, o dirigirse hacia Occidente, atacar los ingenios y sublevar las dotaciones a fin de sumar efectivos y adquirir el armamento necesario. Por esta última alternativa se había pronunciado Machado, pero finalmente triunfó la primera por el temor de algunos a la rebelión esclava y la destrucción de la riqueza. El prócer villaclareño, que

¹¹ Eduardo Machado Gómez: *Autobiografía*, ed. cit., p. 3.

era masón, califica como “tenida” la reunión en que se debatió este asunto; otra muestra del nexo entre el movimiento insurreccional y un importante sector de la masonería cubana. La opción defendida por Machado era de una osadía que no podía ser compartida por los más cautelosos miembros de la Junta. Ello solo era explicable por su concepción de que el negro esclavo era su hermano, merecía gozar de la libertad y de la condición humana, y todo ello no era más que el nacimiento de una nueva Cuba cubana.

Tras esta reunión, los villaclareños marcharon a Camagüey y conferenciaron en más de una oportunidad con integrantes del Comité revolucionario del territorio. Machado y el resto de los miembros de la Junta Villaclareña, con algunas diferencias de criterio, optaron no obstante por favorecer el diálogo entre Camagüey y Oriente; en definitiva, la unidad de todas las fuerzas independentistas. Entre los hitos de su actuación política se encuentra su membresía en la Asamblea Constituyente de Guáimaro, celebrada en abril de ese año, y su condición de representante de Las Villas. Sus intervenciones en la Constituyente fueron notables, sobre todo en la defensa de una estructura democrática y en la proposición de que nuestra enseña nacional fuera la enarbolada por las Villas y Camagüey, es decir, la de Narciso López. En ese momento los villaclareños representaron el grupo que más contribuyó a solventar las diferencias entre camagüeyanos y orientales.

El propio 10 de abril, al quedar constituido el gobierno, fue electo primer vicesecretario de la Cámara.

Tras la ausencia del primer secretario, desempeñó interinamente esta función desde el mes de mayo hasta el 26 de julio del mismo año, fecha en que fue electo primer secretario. En los meses subsiguientes comenzó a padecer los rigores de la manigua, pero su espíritu no se amilanó aún cuando procedía de un ambiente acomodado y de refinamiento cultural. Relata que, para asistir a la próxima reunión de la Cámara de Representantes, el 29 de febrero de 1872, debió ir “á pie y con una lлага, desde la jurisdicción de las Tunas, hasta la Güira de Naranjo, distrito de Santiago de Cuba”.¹²

El agravamiento de esta dolencia y un nuevo padecimiento, las llamadas fiebres tercianas, lo mantuvieron apartado del gobierno por unos meses. En mayo de 1873 volvió a reunirse con Salvador Cisneros Betancourt, presidente de la Cámara, y algunos miembros. Sin embargo, por entonces la Cámara no tenía quórum suficiente, ya que algunos de sus miembros habían perecido y otros se encontraban materialmente imposibilitados de acudir a las sesiones. El primero de septiembre tuvo un encuentro con Carlos Manuel de Céspedes, a fin de agilizar la solución de los problemas que confrontaba este órgano. Sin embargo, los contactos con el Ejecutivo no fueron afortunados y Machado, a partir de su visión política, comenzó a figurar entre los opositores de Céspedes. El 27 de octubre de 1873, la cámara se reunió en sesión extraordinaria para acordar la deposición del presidente; Machado esgrimió sus argumentos a favor de tal decisión.

Aunque no lo refiere en su breve autobiografía, durante el mes de octubre de ese año conoció a un prisionero español que había estrechado ciertos lazos con sus captores, sin que abandonaran ni el español ni los insurrectos el antagonismo en cuanto a posiciones políticas. Este, un joven oficial llamado Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón, calificaba a Machado como “el más instruido de todos los insurrectos, y sin duda alguna, uno de los de mejores sentimientos”.¹³ El oficial peninsular, que era andaluz, natural de Granada, se atrajo por su carácter las simpatías de varios cubanos. Sobre él gravitaba la posibilidad de ser condenado a muerte, pues su concepto del honor le impedía sumarse a las tropas mambisas o firmar un compromiso de no volver a combatir contra estas, mientras que el intercambio de prisioneros era una opción que no aceptaba el mando español.

Del Rosal inquirió si, en caso de que efectivamente fuera condenado a esta pena, podía escoger la manera en que se cumpliría la mortal sentencia. Al recibir una respuesta afirmativa, espetó jocosamente que él quería morir “de viejo”. Al respecto, comentaba: “Quise decir un chiste, y creo que lo fue, porque todos se rieron. Miento, todos no: Machado no solo no se rió, sino que por el contrario, me pareció ver brillar una lágrima en sus ojos. Y es que Machado era muy bueno, muy bueno”.¹⁴ Cuando ya se encontraba próxima la liberación del prisionero, el villaclareño le pidió un favor personal, que le enviara noticias a su padre

de su paradero, muestra de fuertes sentimientos filiales que no se reflejan en otras fuentes. De acuerdo con el español, el mensaje que le pidió transmitir fue el siguiente:

Si puede usted verlo dígame que su hijo, aunque es mambí, no mata ni roba, que no me maldiga, y que la única grande aflicción que tengo aquí, es saber el enojo que con esto doy a mi idolatrado padre. Dígame usted también que estoy bien de salud, y no escaso de ropa, pues tengo dos pares de pantalones, dos camisas, un par de zapatos y un sombrero.¹⁵

Dado que Machado puso término a su Autobiografía el 2 de mayo de 1874, no hay muchos datos sobre su desempeño con posterioridad a esta fecha. En el apéndice que se incluyó en dicho texto, figuran algunos elementos que permiten reconstruir someramente los últimos años de su existencia. Estaba comprometido entonces con una joven camagüeyana llamada Adela Machado Batista, quien, tras su muerte, hizo las gestiones pertinentes para que le fuera entregado el cadáver y darle sepultura en la bóveda de su familia. En esa época, dada la circunstancia de que la Cámara no lograba reunirse, se tomó el acuerdo de que los representantes pasaran a las unidades de combate para desde allí levantar el espíritu combativo del mambisado. De esta forma pasó a las órdenes del coronel Enrique Loret de Mola. El 16 de octubre de 1877 se pro-

¹³ Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón: *En la manigua, diario de mi cautiverio*, Editorial Arte y Literatura, La Habana, 2013, pp. 118-119.

¹⁴ Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón: Ob. cit., p. 134.

¹⁵ Antonio del Rosal Vázquez de Mondragón: Ob. cit., p. 144.

dujo una escaramuza con efectivos españoles en la que Machado resultó herido y, posteriormente, rematado a machetazos. Aún no había cumplido 39 años. Era el último sobreviviente de los cinco miembros de la Junta de Villaclara.

Una muestra de la imagen que dejara el prócer villaclareño entre sus coterráneos, figura en el texto de la Segunda Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección de la Isla de Cuba, que se celebró en Santa Clara entre el 24 y el 26 de mayo de 1903. Allí se afirma: “Pero, donde se condensaron todos los sentimientos de altruistas, todos los grandes pensamientos de este pueblo villareño, fué en aquel modesto sabio, en aquél profundo pensador, Eduardo Machado, que consagró su juventud á defender la emancipación de los esclavos y se inmoló después en aras de la libertad y de la independencia de esta tierra”.¹⁶

Eduardo Machado Gómez conforma una imagen de lo mejor de los iniciadores de nuestras gestas independentistas. Formó parte del selecto grupo de jóvenes ilustrados que asu-

mieron el pensamiento revolucionario de su tiempo. Supo superar, paso a paso, los diferentes momentos por los que transitó el pensamiento cubano que llevaría a la conformación de las ideas que no solo representaban un rechazo a la metrópolis española, sino que, más a fondo, encarnaban el inmovilismo, el esclavismo y todas aquellas lacras de una sociedad que Luz y Caballero definió como “sociedad, suciedad”. Destaca en el villaclareño la madurez de un pensamiento antiesclavista que concibió al esclavo como parte integrante de la humanidad y de la sociedad criolla. Era un hombre de la cultura, de los que promovió y defendió el nacimiento de un pensamiento propio y de una expresión cultural nacidas de la propia identidad de lo cubano. Plácido fue su referente en ese plano cultural. La revolución promovida por estos iniciadores, pero muy particularmente por Eduardo Machado, significaba una ruptura con la sociedad anterior y, a la vez, el necesario brote vigoroso de una nueva cultura nacida del ideario libertario y de justicia social.



¹⁶ J. A. González Lanuza, Julio San Martín y Adolfo Nuño (Comité de Publicación): *Segunda Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección de la Isla de Cuba, celebrada en Santa Clara del 24 al 26 de mayo de 1903.*